



Pocholo 10 CIMS.

Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 4

EXCELENTE CIRUJANO

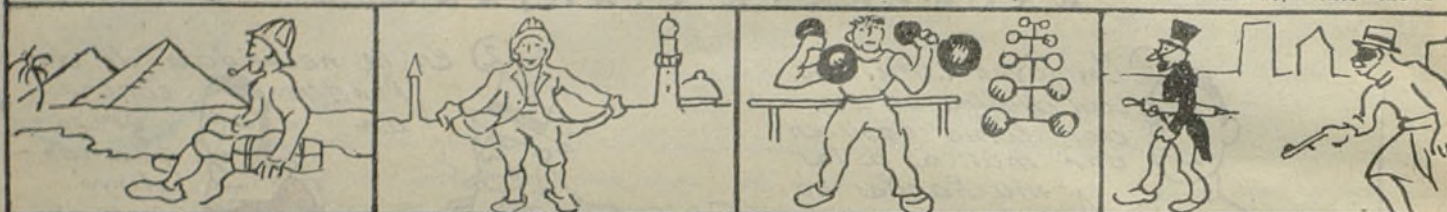


LA ENFERMEDAD DE UN MILLONARIO



Mr. Thomson, hombre de negocios y millonario norteamericano, desde hacía algún tiempo se sentía enfermo. Un día se hizo visitar por el mejor médico de Nueva York, el cual le dijo con entera franqueza que debido a su enfermedad no le quedaban más de dos años de vida. Consultó a otros doctores de Chicago y el dictamen

fué idéntico. Convencido pues Mr. Thomson de que estaba próximo su fin, decidió liquidar todos sus negocios y se dispuso a gastarse antes de su muerte toda su cuantiosa fortuna y a tal efecto emprendió largos y costosísimos viajes en vapores de los mas lujosos. Recorrió las principales ciudades del mundo, visitó monu-



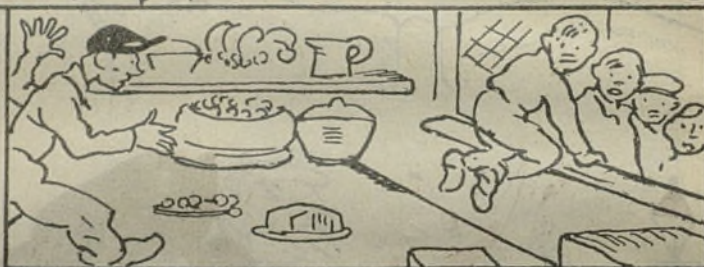
mentos, en fin, proporcionóse toda clase de deleites porque, al fin y al cabo, lo que él se decía, ¡por lo que he de vivir! Pero tanto y tanto llegó a gastar que naturalmente, al fin se quedó sin un céntimo. Pero, sin embargo, sea porque durante aquellos dos años vivió en otros climas, sea porque no tenía ninguna preocupación, o

por lo que fuese es lo cierto que Mr. Thomson en vez de extinguirse, se restableció del todo y hasta aumentó en peso y corpulencia, pero había quedado sin dinero. Actualmente aun vive y se dedica a asesinar doctores. Dicen los periódicos americanos que mata tres por semana. Buen promedio.

Fiesta completa



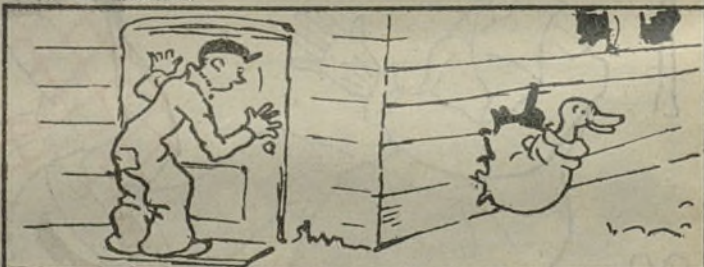
—Ya veréis que atracón vamos a darnos. Precisamente esta es la despensa mejor provista del pueblo.



Pero no cuentan con la huésped, o mejor dicho, el huésped. Un criado de la casa, de una fidelidad a toda prueba, pero algo corto de alcances.



Nuestros pequeños héroes huyen más que ligeros en compañía de los bichos y van a encerrarse en un gallinero llegando justamente a tiempo para darle con la puerta en las narices al criado.



Este está forcejando para ver si consigue abrir cuando se le aparece algo que le pone los pelos de punta.



Y el perseguidor se convierte en perseguido siendo tal su terror que no ve un estanque que tiene a sus pies y en el cual se precipita con peligro de ahogarse.



Y ved aquí lo que eran aquellos fantásticos pajarracos que tanto miedo le dieran al cándido criado que además del robo hubo de sufrir la burla consiguiente.



Dominguín se entretiene en atarle al perro un cubo al rabo, cosa que le divierte en extremo. Pero el perro despavorido se lanza corriendo al río donde le espera un enorme cocodrilo que se lo tra-



ga enterito, lo cual le obliga a seguir a Dominguín como un cordero, ya que lleva un bozal que le impide usar sus terribles dientes.



EL VALEROSO DETECTIVE

CAPITULO I. — De cómo las apariencias engañan

Caballero en brioso corcel y sin preocuparse gran cosa del paisaje que le rodeaba, avanzaba lentamente un joven cuyo rostro desaparecía bajo las inmensas alas de un sombrero mejicano; su atavío, por lo demás, tampoco llamaba la atención por lo elegante ni por lo pintoresco.

Aparte del sombrero, tan usual en aquella comarca de Arizona, el resto de la indumentaria de nuestro jinete no podía ser más sencillo: un chaleco que apenas llegaba a la cintura, una camisa encarnada de cuello vuelto y sin corbata, y unos pantalones inverosímiles por lo amplio cuyas perneras caían como chimeneas sobre sus zapatones claveteados.

Ceñida a la cintura una canana y dos pistolas y colgando del arzón una cuerda que debía ser larguísima a juzgar por las vueltas que daba sobre sí misma.

Como se ve, el exterior de nuestro héroe no ofrecía nada de particular y, sin embargo, había en su apostura una decisión y un aplomo que demostraban no podía tratarse de un hombre vulgar.

Parecía caminar a la ventura, sin prisa ni dirección, y tan abstraído, que sólo algún movimiento brusco del caballo le hacía levantar la cabeza, con la particularidad de que cada vez que esto ocurría, parecía como si el caballo debiese llamar la atención de su dueño, ya porque se cruzase en el camino algún viandante, ya porque al desembocar de un recodo se viese una casa, pero ni el uno ni la otra debían interesar al jinete porque, después de acariciar el cuello del animal, volvía a caer en su, al parecer, profunda meditación.

De pronto, y esta vez antes de que el caballo le pudiera avisar, se presentó a su vista un grupo alarmante. En una hondonada, casi a sus pies, un hombre a caballo con los brazos en alto y de pie otro, con trazas de foragido, empuñando con la mano derecha un pistolón mientras con la izquierda sujetaba la rienda del caballo.

El desconocido echó mano a la cintura, pero se arrepintió prontamente de su idea diciendo:

—No; sería sembrar una alarma inútil. Socorreremos a ese pobre hombre de otro modo. ¿Verdad, caballito mío?

Y descendiéndose la cuerda del arzón, la volteó por encima de su cabeza desarrollándose con una velocidad inconcebible para ir a caer sobre el hombre de la pistola, que perdió el equilibrio y después de rodar unos cuantos pasos, quedó inmóvil en el suelo.

El desconocido, entonces, se precipitó como una tromba en la plazoleta donde acababa de ocurrir esta escena, de la cual había sido el principal actor, y se presentó muy ufano al del caballo que parecía no haber vuelto de su estupor.

—No tenga usted miedo—dijo el recién llegado, viendo que el otro no decía nada—; ese tío que le amenazaba no podrá menear ni un dedo.

—¿Cómo? ¿Es así como me agradece usted que le haya salvado?

—¡Qué agradecimiento ni qué ocho cuartos, señor entrometido! ¿No ve usted que componíamos un grupo para que lo pintara mi hija?

El del lazo se volvió prontamente y en uno de los ángulos de la plazoleta vió sentada a una agraciada joven que, en efecto, tenía un caballete delante. Sin embargo, su actitud no parecía de enfado como la de su padre, sino más bien de sorna.

El impetuoso desconocido se dirigió hacia el desgraciado que yacía en el suelo y lo levantó y desató, al mismo tiempo que el pedía mil perdonos.

No debían sentarle muy bien estas excusas a la víctima de aquel error, porque se sacudió la ropa refunfuñando y dijo a la señorita:

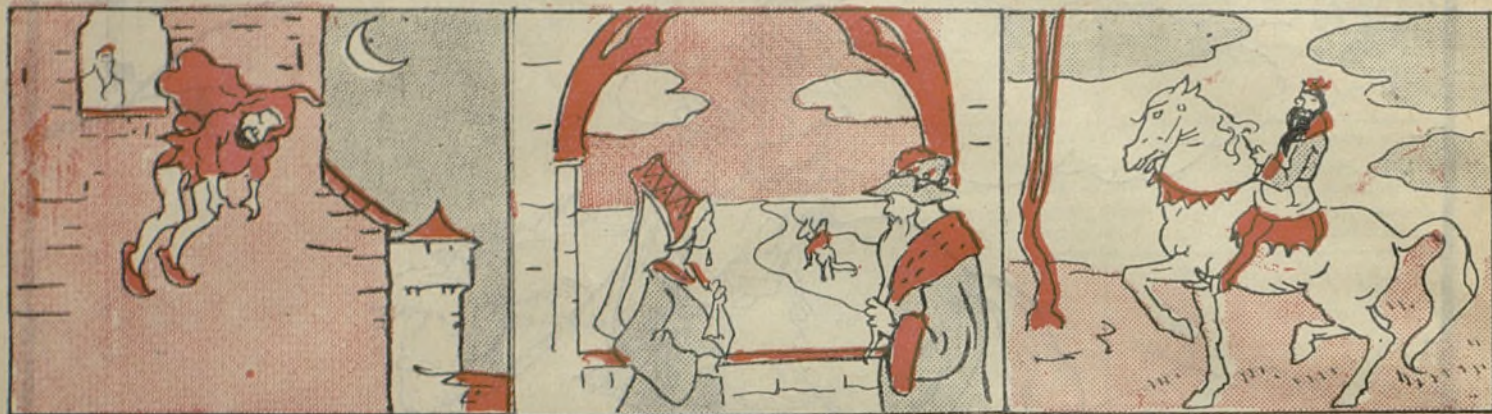
—Ahora busque usted a Carpentier para que le sirva de modelo, que un servidor no quiere hacer más el ridículo, ni

(Continuará)



LONGORIA

EL REY BARBUDO



—He sabido la pena que te aflige — le dijo — y deseo proteger a un príncipe tan bello como tú. Toma esta bolsita, y sal de la corte: vete a lejanos países y cuando pases por los pueblos agítala. El ruido producido por ella hará que salgan a las ventanas las doncellas más hermosas. Pues bien, cuando haya una que no te desprecie por tus feas barbas, le das la bolsita. Esta la abrirá y después seréis felices. Y dando un salto se fué el simpático enanillo. Con gran pena vieron el Rey Barbudo y la bella Florinda partir a su hijo hacia otras tierras, pero comprendieron que debían hacer este sacrificio antes que ver al príncipe

condenado eternamente y consentir que el pueblo, siguiendo la tradición, le llamara más tarde el "Rey Barbudo". Dias angustiosos pasó el joven antes de llegar al primer poblado. Después de descansar de las largas jornadas y de dar de beber a su caballo blanco, dió unas vueltas por las calles de la ciudad agitando la bolsita, y efectivamente, como le dijo el enano, ésta producía un ruido como si estuviese llena de cascabeles, y a este ruido, asomaban a las ventanas muy bellas y lindas doncellas, pero ¡oh desgracia! todas huían horrorizadas de él. Así pasaron meses y meses, y cuando ya cansado de aquella vida, pensó en



regresar a su país, una noche en que la obscuridad le había sorprendido en pleno bosque, teniendo que tender una manta para quedarse a dormir en él, vió, no muy lejana, una sombra que corría y que se iba acercando a él. Cuando estuvo cerca pudo cerciorarse de que era una gentil pastora la que se hallaba a su lado. Esta, al principio, quedó sorprendida al notar su presencia, pero cuando vió que el príncipe se dirigía hacia ella con palabras cariñosas, el temor desapareció de su rostro y, abrazándose a sus rodillas, le dijo: —Señor, quien quiera que seáis, estoy sola en el mundo, mi abuelita ha muerto esta noche y pido pro-

tección y amparo — suplicaba la muchacha — ¿Quieres venir conmigo? —Sí, parecéis muy bueno, y aunque estas barbas tapan bastante vuestro gentil semblante, debéis ser muy hermoso. El rostro del príncipe se iluminó de alegría. Era llegada la hora de que sus horribles barbas cayeran para siempre: dió la bolsita a la pastorcilla para que la abriera, y al hacerlo cayeron de ella infinidad de cascabeles sujetos todos por fina cadena de oro. En cada uno de ellos iba una diminuta tijera. También encontraron un papel escrito que decía: "Buscad entre estas tijeras y hallaréis las que deseáis". Empezaron a probarlas y nin-

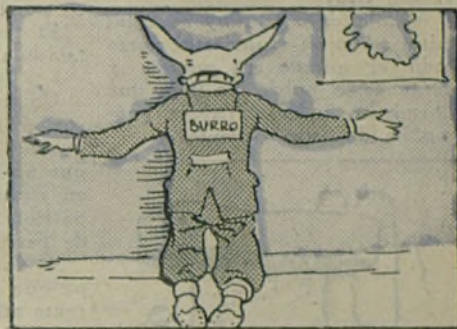


guna daba el resultado apetecido. —Tendrás que mirar una por una — dijo el príncipe a la pastora. — Para ello te llevaré a mi reino, y cuando hayas encontrado la tijera que corte mi barba, haré que vengan todas las princesas del contorno, y diré a mis padres: A la doncella que logre hacer desaparecer mis barbas haré que sea mi esposa. Como tú únicamente posees el secreto, contigo me casaré. Llegó a su país el príncipe acompañado de la pastorcilla, dando con ello una alegría inmensa a sus padres. Blanca, que así se llamaba la pastora, pasaba encerrada todo el día en una habitación de palacio buscando la tijera, hasta que pasados

dos meses logró por fin sus ardientes deseos. Entonces el rey mandó venir a todas las princesas y doncellas más hermosas, para que si entre ellas hubiera alguna que lograra cortar las barbas al príncipe, ésta fuese la elegida para ser su esposa. Como es de suponer, ninguna pudo conseguirlo, y entonces el príncipe, sonriente, presentó a la pastorcilla, quien sacando de la bolsa las tijeras de oro cortó las barbas del príncipe. Con ella se casó y fueron muy felices, y desde entonces llamáronle "El Rey Bello". — Fin.

La mina de Walter Encunff

Capítulo I El inquieto JACK



Jack tenía un genio endemoniado. Su desesperación era tremenda cuando pensaba en la vida a que se veía sujeto. Todos los días se levantaba a la misma hora, se desayunaba con café y leche y unos sopicones de pan untados en manteca; después a la escuela, siendo despedido hasta la puerta con un par de flamantes besos de su querida mamá. El tipo insoportable de su maestro D. Papucio le amargaba más todavía su existencia; la gramática, la aritmética y la geometría, las tenía atragantadas. Al mediodía regresaba a su casa con la pesadilla de que después de comer, había de volver a aguantar las impertinencias de D. Papucio, porque así se lo exigía el cariño y celo de su mamaita. Apenas anochecido, después de una

cena ligera, lo enviaban al teatro de "los cuatro bolos". Así pasaba el tiempo y Jack exclamaba: ¡Esto no puede continuar así! Soy ya un muchacho crecido y no es justo que se me trate como a un niño de biberón. Efectivamente, él se tenía por un pollo de especiales cualidades y le molestaba que se le tuviera como a un inocente colegial. Esto le obligó a pensar en su primera hazaña de chico "mayor"... Daniel y Jaime eran sus dos íntimos amigos, sujetos también a la misma suerte. Su edad oscilaba entre los 11 y 13 años, siendo el mayor Jack. Juntos iban a clase y los tres tenían orden de sus papás de no entretenerse por las calles para no ser atropellados por algún vehículo o raptados por algún "sacamantecas". Sólo



se veían durante las horas de clase bajo la estrecha vigilancia del cargante D. Papucio, que no les dejaba ni chistar; pero ellos, sin embargo, siempre le guardaban alguna jugarreta, cometiendo la mar de techorías que tenían que purgar a menudo con los castigos que les imponía. Jack era muy aficionado a las novelas de aventuras y se desvivía por ir al cine cuando sus papás lo disponían en días festivos. Esto despertó en él locos deseos de salirse de aquellos moldes en que estaba educado. Ya miraba con antipatía a todos los de casa: la doncella, sus hermanos y parientes le cargaban de tal forma que ya los hacía víctimas del odio que sentía a todo lo vulgar. Ni las comodidades de que se veía rodeado, ni los preciosos ju-

guetes que poseía podían ya saciar sus ansias de libertad. Todo, todo le hastiaba. Una tarde, que tenía humor de perros, se encaró con su mamá al volver del Colegio, y le dijo: —Mira, mamá, no puedo aguantar más: tengo ya 13 años y me parece que es hora de que me dejéis salir a la calle y alternar libremente con los que quiera. Me tenéis como si fuera un niño de fajos y no quiero sufrir esta esclavitud. Todos los de mi edad van libres por todas partes y yo estoy siempre junto a tus faldas, como un perrito de lana. Ya lo sabes: yo soy un hombre, sí, un hombre que no puede resistir más esta vida de presidiario. Todo os preocupa: que si los autos, que si los tranvías, que si los resnados; todo, todo os dá guerra



y no quiero que me digáis nada de eso en adelante. Yo ya sé lo que hago y no necesito que me llevéis de la mano a ninguna parte ¿sabes? La mamá, sorprendida por el rasgo de soberbia y rebeldía de Jack, le replicó: —¡Muñeco! ¡trasto! Ya enteraré a papá y a D. Papucio de lo que acabas de decir. La amenaza de doña Eloisa no logró acallar al encolerizado niño, sino que, por el contrario, abusando del trato delicado que se le había dispensado hasta entonces, continuó gritando y despotricando, de tal manera, que dos tremendas bofetadas cayeron sobre las mejillas de Jack, tantas veces acariciadas con ternura por su mamá. Jack quedó petrificado ante razones tan contundentes. Pero rehecho de

la primera impresión, "tomo las de Villadiego" por si la escena se repetía. La falta de experiencia de Jack hizo desear a la madre la idea de sus intenciones, confiando en que antes de hacerse de noche volviera al hogar paterno. Doña Eloisa le vio salir desde el balcón y unirse a otros dos chicos de su misma edad. Estos eran Daniel y Jaime: y observó que los tres, a galope tendido, se lanzaban por la primera travesía que encontraron. A nada de esto concedió importancia la inocente madre en los primeros momentos, por el estado nervioso en que se hallaba Jack al ausentarse. — Fin del capítulo I. (El próximo capítulo se titulará: "Hacia un lugar enigmático").



Decía un andaluz a un gallego:

—Hombre, ¿en qué consistirá que está en el invierno el aire tan frío?

—Bah, es cosa muy sencilla; mira, como en el invierno cierra todo el mundo sus puertas y ventanas, el pobrecillo tiene que dormir en la calle. Ya ves, ¿cómo ha de estar caliente?



El dolmen de las primeras edades era un monumento funerario.

Cuando nombraron arzobispo a Cisneros, un labrador de Torrelaguna, dándose importancia solía decir:

—Qué fortuna para él y qué gloria para mí, que he sido su maestro.

—Pues tú—le decía el cura—¿qué pudiste enseñarle cuando ni siquiera sabes leer?

—Le enseñé a silbar.



Los buques que navegan entre Ceilán y Australia acostumbran a arrojar un barril conteniendo libros, cigarrillos y otros artículos, con destino a los habitantes blancos de la estación radiotelegráfica de las islas Cocos. Estos barriles son recogidos por un pequeño bote perteneciente a la mencionada estación.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—preguntaban a un aldeano que pretendía entrar de criado en una casa.

—Señor, somos tres hembras y un macho. Esto soy yo.

Un procurador acudió al juez diciendo, que el sastre del portal, su vecino, se reía en sus barbas siempre que pasaba por delante de su casa. El juez dijo al sastre: —¿Por qué hace usted esto?—y él contestó:

—Porque el señor se ha empeñado en pasar siempre que yo me río.

EMPRESA DIFÍCIL

(El papá sentado en un sillón leyendo).

El niño.—Papá, hay una mosca en el techo.

El papá (distráido).—Aplástala con el pie y déjame en paz.

Un francés de los que quedaron en España en tiempos de la guerra de la independencia, y que no sabía hablar una palabra en español, decía a un compatriota que acababa de llegar de Francia:

—No te puedes figurar lo torpe que es esta gente; hace cuarenta años que estoy en España, y no he podido conseguir que aprendan el francés, que es una lengua tan fácil.

ENTRE BOHEMIOS

—¿No tienes un duro que no sepas qué hacer con él?

—Sí. Toma.

El otro mira la moneda.

—Pero ¡si es falso!

—¿Por eso no sé qué hacer con él.



LA MUSARAÑA

Se clasifica por su flexible y puntiagudo hocico; así como por su extraordinaria voracidad que le permite engullir en treinta y seis horas un peso de alimentos cuatro veces superior al suyo.

Habiendo envidado un alcalde, quiso que todo el ayuntamiento en cuerpo asistiese al entierro. El síndico se opuso dando por razón, que no era costumbre en el país.

—Si usted fuera el muerto, añadió, iríamos todos con mucho gusto.

—Observad—decía un adulator a Cromwell—la extraordinaria afluencia de forasteros, que de todas partes ha venido a Londres para gozar de vuestro triunfo.

—No hagáis caso de eso—contestó—; lo mismo harían si me llevasen al patíbulo.

CURIOSIDAD



—Fuí a ver si mis abejas estaban aún vivas.

—¿Y qué?

—Nada. Que estaban vivas.

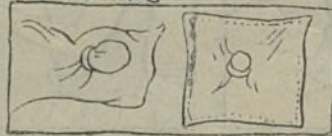


¿Dónde está el oso?

¿Qué es aquello que cuanto más se le quita más grande es? El agujero.

¿Quién es aquel que si no lo matan no está contento? El hambre.

Quitar de un pañuelo una moneda que era sujetaportavivianillo



Se pone una moneda de diez céntimos en medio de un pañuelo. En seguida se hacen pasar las cuatro puntas de éste por un anillo, de modo que se tape la moneda; se extiende el pañuelo en una mesa y se hace que dos espectadores sostengan las puntas de aquél. Se trata de sacar la moneda de su posición (fig. 1).

Mientras se encarga a los dos colaboradores que no suelten las puntas del pañuelo, se procura que la punta más próxima al que hace juego quede un poco floja. Se cubre el pañuelo con otro más grande, debajo del cual se opera.

Se enrolla la punta floja, marcando el medio del rollo en el anillo. De este modo se podrá quitar la moneda y seguirá el anillo sin más que desplegar el pañuelo, para mostrar que no está la moneda (fig. 2).



El conejo de monte tiene la perversa costumbre de devorar a sus propios hijos.



El coche de Waterloo

Este célebre coche, en el cual fué el Emperador Napoleón I después de Waterloo, llegó a Maubert-Fontaine el día siguiente de la batalla, el 19 de Junio de 1815, hacia las cinco de la tarde.

Al detenerse, Napoleón mandó buscar por las aldeas vecinas algunos caballos con que reemplazar los que traía, que estaban muy fatigados. No se encontraron éstos ni fué posible ofrecer al Emperador nada más que "cuatro caballos inválidos, de los cuales tres eran ciegos y no cojo".

Con este tiro, guiado por un labrador de Fouly llamado Nicolás Gillet, logró llegar Napoleón a Mesieres a las dos de la madrugada.

El histórico coche se conserva en el castillo del conde Blücher, cerca de Ograya.

Juana la loca



Reina de Castilla, de 1504 a 1555, hija de Fernando y de Isabel, esposa del Archiduque de Austria Felipe el Hermoso y madre de Carlos V.

Nació en Toledo y murió en Tordesilla. Después de la muerte de su esposo el dolor turbó su razón. Y paseó por varias ciudades el cadáver de su esposo Felipe el Hermoso.

CICERON



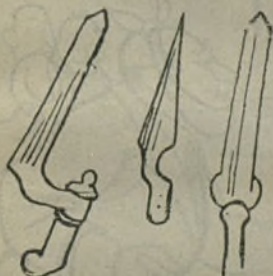
El más elocuente de los oradores romanos (106 antes de J. C.). Desbarató la conspiración de Catalina e hizo ejecutar a sus cómplices lo cual le valió el nombre de padre de la patria. Abrazó el partido de Pompeyo y el de César después de Farsalia. Condenado por el segundo triunvirato quiso huir pero fué asesinado por los partidarios de Antonio y su mujer Julia a quienes había atacado en sus célebres filípicas.

Un sastre tenía malo un ojo, y muy desconsolado dijo a su vecino:

—¿Qué he de hacer, Vicente, para curarme este ojo?

—De eso te afliges; mira, el año pasado tenía yo mala una muela, me la hice arrancar y curé; haz tu lo mismo con tu ojo.

LA BAYONETA



El origen de esta arma, por la circunstancia de haberse usado por los franceses en Bayona cuando la ciudad fué sitiada por los ingleses y españoles en 1523.

La mariposa nocturna más grande que se conoce es la mariposa Atlas, que se encuentra en China, y cuyas alas miden 22 centímetros de envergadura.

¿Qué hace el pan cuando lo cortan?

Disminuir.

El cangrejo de vista periscópica



Se llama cangrejo vigilante y tiene una pata mucho mayor que la otra en cuyos extremos tiene los ojos.

Un inglés se puso a comer con voracidad sobre cubierta, en el instante en que todos sus compañeros de viaje y hasta los marinos que tripulaban el buque en que iba, se disponían con sus oraciones a hacer una muerte cristiana, porque la tempestad arreciaba y habían perdido todos sus medios de salvación. El capitán, viéndole en tal ocupación, le dijo:

—¿Cómo tiene usted calma para pensar ahora en eso?

—Me parece—le contestó con frialdad—que el que tanta agua ha de tragar, conviene que tome antes alguna cosita para hacer sed.



—Mamá, dame "tles" caramelos.

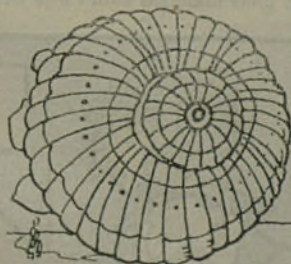
—Si no dices tres bien dicho, no te daré ninguno. ¿Cuántos caramelos quieres?

—Cinco.



PLERODÁCTILO

Era un animal antidiluviano perteneciente a la edad terciaria.



Paraquedas gigantesco de 26 metros de diámetro y 4.455 pies cuadrados de superficie, capaz de sustentar a un aeroplano en su descenso en caso de avería.

Un hombre de ciencia alemán ha calculado, tras de varios años de estudios y de experimentos, que el valor del fluido eléctrico contenido en un rayo, es al precio corriente del alumbrado, de unas 7.000 peetas.

Ejercicio y los animales



Los filandres, en seguida de nacer, se trepan sobre su madre, y agarrándose a su cola de dedican a hacer ejercicios gimnásticos, girando a una velocidad que parecería requerir largos meses de ensayo.



El cura recrimina a uno de los del pueblo:

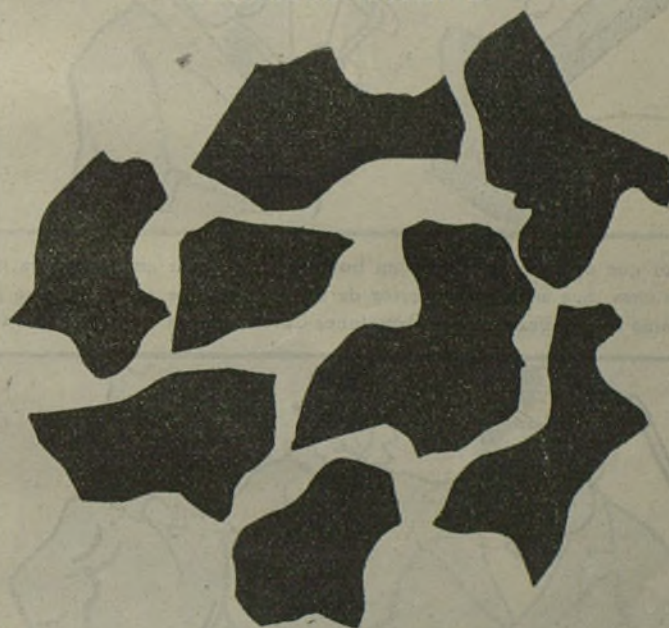
—¿Cómo es que no te he visto en la iglesia esta mañana?

—Porque no estuve, señor cura.

Después dirán que el tiempo es oro.

¡Lo que es el de hoy no vale una perra chica!

Concurso núm. 1



Pocholo ha tomado un trozo de papel y lo ha recortado, describiendo el perímetro de una región de España. En un momento de descuido, su hermanito con unas tijeras se lo ha desmenuzado en pedacitos iguales a los de este grabado. ¿Cuál de vosotros sabrá juntarlos debidamente e indicarnos cuál es el nombre de la región?

Los pedacitos bien juntados y pegados en un papel con expresión del nombre de la región debéis mandarlos a esta Redacción antes del día 30 de Noviembre de 1931 acompañando el adjunto Boletín y sin olvidaros de escribir vuestro nombre y dirección. Vaya esta última advertencia para los niños que han incurrido en tal omisión.

Premios para este concurso. — Al anunciar este concurso en los núms. 1 y 2 de **POCHOLO** ofrecíamos a los niños una bonita pelota de futbol de reglamento y a las niñas una muñeca muy elegante; pero en vista de que dicho concurso ha despertado mayor interés del que esperábamos **POCHOLO** quiere ser más espléndido y ofrece, además de los indicados premios, ocho libros de cuentos con lujosa encuadernación y magníficas tricromías y dibujos, para que de esta manera pueda ser mayor el número de favorecidos.

Las condiciones generales del concurso las hallaréis en el primer número de **POCHOLO**.

Es casi increíble la duración de la madera cuando encuentra circunstancias favorables para su conservación. En las excavaciones de Egipto se han encontrado cofrecillos y otros objetos de madera contruidos 2.000 ó 3.000 años antes de la Era cristiana.

BOLETÍN

que deberá acompañar a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 1 de **POCHOLO**

LA VENGANZA TERRIBLE DE D. ANIBAL



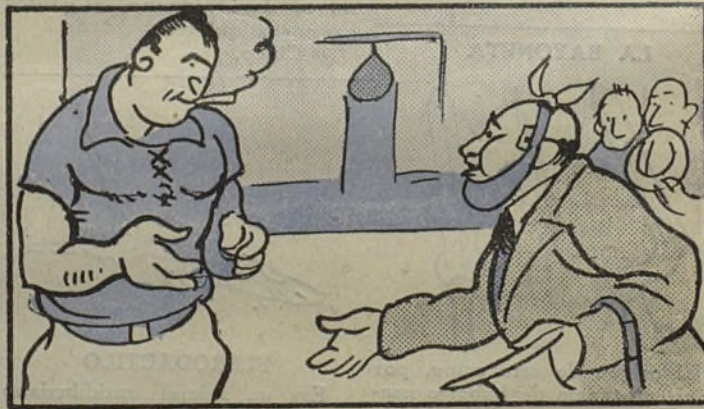
Al regresar de noche a su casa D. Anibal Temerario, y penetrar en la escalera, recibe sin darse cuenta un bofetón de los más formidables y bien asestados. Indignado y colérico busca al misterioso

agresor, pero éste, protegido por la obscuridad ha desaparecido, quedándose D. Anibal sin saber a qué atenerse. Al día siguiente, al levantarse y leer el periódico, encuentra el siguiente anuncio: "El se-



ñor que ayer noche recibió un bofetón al penetrar en la escalera de su casa, que sepa fué un error de sujeto, y el que se lo dió, que se llama D. Bonifacio de los Pantalones Cortos, que es viudo por más se-

ñas, y vive en la calle de los Peligros, núm. 1, le pide mil perdones. Coge el periódico D. Anibal y se dirige a casa de sus amigos, explicándoles el caso, pidiendo si quieren acompañarle, pues quiere tomar ven-



ganza. Acceden éstos y sale D. Anibal junto con ellos, diciendo: —Así que le vea, ¡tría, tras! le deshago la cara a bofetadas y le derribo a puñetazos, no parando hasta dejarlo hecho trizas. Los amigos es-

taban espantados de la cólera de D. Anibal. Al llegar al domicilio de D. Bonifacio, ven que es éste un señor alto, fornido y musculoso, con unas manazas como pies de hipopotamo. Sin embargo, D. Anibal



no se arredra, empieza por descubrirse y dice, con reposada voz: —Venía a decirle que yo soy el que recibió ayer el bofetón por error y desearía que no volviera V, más a darme otro, porque me

hizo mucho daño. A ver, pues, si toma V. en cuenta mi advertencia V. lo pase bien. Y seguido de sus amigos salió por donde había venido. La venganza tomada dejaba satisfecho a D. Anibal